



AÑO III

← BARCELONA 11 DE AGOSTO DE 1884 →

NUM. 137

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO DE TIPOS, coleccion de cuadros por Gustavo Richter

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE (continuación), por Pedro de Madrazo.—CROMOS DE VIAJE (continuación), por Fernando Araujo.—SANTIAGO DE PENALVA, por Francisco Giner de los Rios.

GRABADOS: ESTUDIO DE TIPOS, por Gustavo Richter.—LA EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS DE MASSACHUSETTS.—GUARDIANES DE GANADO, dibujo a la pluma por Galofre.—BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling.—LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO.—PENA AL LADRÓN, acuarela por A. Fabrés.—REGRESO DE FLANDES, acuarela por F. Pradilla.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las catástrofes se reúnen.—Naufragio, incendio, cólera.—Las córtes de España.—Idilio..... al Champagne.

Las grandes catástrofes parecen reunirse y se juntan y agrupan de tal suerte, que cuando una acontece puede afirmarse que están cercanas las otras. Lo mismo sucede con el crimen: cuando se comete un suicidio, en los días subsiguientes hay suicidios por docenas; cuando es un asesinato el hecho que ha aterrado a la humanidad, nuevos asesinatos le acompañan y sirven de cortejo. Diríase que el demonio encargado de perpetrar la clase aquella de delito hace sus rondas de cuando en cuando por cada país y para que se le reputa de trabajador hace abundante faena que asombre a todos.

Al incendio de la Armería que convirtió en escombros aquel admirable museo histórico, sucedió el del inmenso depósito de maderas que tenían los señores Castro en el barrio del Pacífico, suburbio de Madrid. Coincidió con este siniestro el naufragio del vapor-ingles *Lexham* y el del magnífico alcázar flotante de la compañía trasatlántica titulado *Gijón*.

A esta inmensa desgracia acompaña otra que pone el pavor en el ánimo de los hombres: la diseminación del cólera por más de 70 pueblos y aldeas inmediatos a Tolon y Marsella, su aparición en Liorna, dentro ya de Italia, en la frontera alemana y en otros parajes.

De todos estos hechos terribles y espantosos quisiera hacer caso omiso en mi crónica para que, dejando yo de narrarlos y dando por borradas las negras páginas que han escrito en el libro de la vida, no hubieran sucedido nunca ni sucedieran en lo porvenir; y que me fuera permitido el presentar a mis lectores entre los caracteres de esta columna tipográfica al barco inglés entrando en el puerto de su destino con felicidad, al barco español conduciendo gallardamente a la Habana ese pedazo de patria que va en el entrepuente de toda nave cuando la vemos alejarse; y si a esta dichosa visión acompañara la del importante establecimiento industrial del señor Castro funcionando prósperamente y la de los pueblos todos de Europa entregados a sus cosechas sin temor a la epidemia..... ¡oh! entonces..... podría dar por terminada aquí mi misión con esta frase: la felicidad completa, como todos los sentimientos absolutos, no puede describirse.

* *

Por desgracia unos son mis deseos y otra la realidad. Negra, espantosa, asoladora se representa.

Hé ahí que arranca del puerto de la Coruña una hermosa nave. En su altivo mástil flota la bandera española, en el bauprés el lema de la casa armadora, en los costados letras colosales muestran a las olas el nombre de *Gijón*. Imposible parece que con los poderosos medios de la arquitectura naval, en mar tranquila y deleitosa el *Gijón* naufrague. Pero cuando Dios quiere perder a un hombre envuelve antes en nubes su entendimiento. *Quos Deus vult perdere prius dementat*. Y cuando quiere perder a un barco le rodea antes de espesísimas é impenetrables nieblas. Dice el más grande poeta del siglo que el marino tiene una hermana, la noche, y una esposa, la luna. Hay que añadir a esta familia otro miembro importante: tiene un amigo indiscreto, el vendaval, que so pretexto de empujarle le destroza, y queriendo ayudarle en su viaje le asesina; y una madrastra cruel, la niebla, hija del sol y de la noche, nacida de los amores del astro diurno y de los efluvios de la oscuridad. La niebla sale del seno mismo del mar, flota sobre las olas, es primero un encanto de los ojos y un deleite de la mirada; luego crece, envuelve los objetos y parece como que los disuelve. Así como la muerte borra el cuerpo, así la niebla es una especie de muerte de los objetos, porque los anonada y los anula.

Los poderosos reflectores del *Gijón* intentan en vano romper la niebla, el barco está sin guía como un hombre ciego. Ahora bien; ¿es verosímil, ó es probable que las trayectorias imaginarias de dos barcos que navegan en la inmensidad del mar coincidan en un punto? Y sin embargo, así ha sucedido.

El hundimiento del *Gijón* fué rápido, casi instantáneo. ¡Ay de los que sin darse cuenta de ello pasaron en un segundo de la vida a la muerte! Entre las víctimas del naufragio había setenta niños cuyos inocentes espíritus habrán formado entre las rocas de coral del abismo un paraíso tan deleitable y puro como el que Dios puso allá arriba por encima de las nieblas, las tormentas y las estrellas.

* *

El cólera es una enfermedad que ataca a todo el mundo. Lo más terrible de ella son sus síntomas morales en

virtud de los que ni aun las personas que se preservan del microbio y permanecen físicamente sanas dejan de sentir el efecto más terrible de la epidemia: el miedo.

Cae uno enfermo atacado del cólera y huyen cien vecinos de la aldea: muere un colérico y la aldea se despuebla totalmente y sólo quedan en ella el cadáver con sus manos crispadas y el viajero del Ganges que descansa junto a su víctima antes de reanudar su eterna caminata.

El miedo es un cristal de aumento a través del cual las cañas parecen espadas y las cuadrillas de segadores trepidantes ejércitos. Por eso el cólera no es sólo una enfermedad: es además una pasión de ánimo que hace contar por miles las unidades. En vano la estadística ha dicho una vez y repite constantemente que hay otras enfermedades más funestas para la humanidad. A pesar de ello Marsella y Tolon se quedan sin gente, Avignon y Arlés ven reducido su vecindario a la mitad de su cifra ordinaria. El comercio todo de Europa se paraliza, los viajes se suspenden, los trenes salen de las estaciones sin viajeros ni mercancías, las naves permanecen amarradas a los calabotes sin flete ni carga. Así como cuando se recibe una fuerte contusión las ramificaciones dolorosas llegan a todas las partes del cuerpo, de igual modo el cólera de Marsella es un grito de dolor en Barcelona, un estremecimiento pavoroso en Valencia y una agitación no bien definida en toda Europa.

La vanidad científica es superior a todas las vanidades de la tierra. Los doctores franceses y alemanes discuten el cólera, no como se discuten los problemas de la ciencia, sino con el apasionamiento y el calor con que se discuten los intereses materiales. Tantas teorías han expuesto que el que las ha leído todas ellas se halla en peligro de entrar en el manicomio. Unos dicen que el microbio es un animal, otros que es un vegetal, estos que se desarrolla con la humedad, los otros que con el calor crece; hay quien opina que se cura con el laudano, hay quien sostiene que con la estrignina, tal doctor recomienda los baños de ron caliente, tal otro las inyecciones de sustancias mercuriales. Mientras en Berlin se atribuye toda la responsabilidad de la invasión colérica a la imprevisión sanitaria de los franceses, en Paris se canta la marsellesa del microbio que empieza con esta estrofa:

«Allons enfants de la patrie,
le petit microbe est arrivé.»

España é Italia hacen cumplir sus cuarentenas con rigor, a despecho de las burlas de los franceses, que parece imposible que tengan ante el microbio más heroísmo que ante el prusiano.

* *

Un incendio es y será siempre para los hombres el más terrible de los espectáculos. Muchos sentimientos humanos han cambiado a través de los siglos, y dulcificado en algunas cosas el espíritu y robustecido en otras, ha venido a ser agradable lo que en otro tiempo fué monótono, y odioso lo que a los ojos de la humanidad recién nacida era lícito y natural. Pero creo que la misma sensación de espanto y la misma atracción mágica que en los primeros pobladores de la tierra produjo el incendio de los bosques vírgenes el día en que un rayo hirió la médula seca de una encina, experimentan los hombres del siglo diez y nueve ante un edificio que arde dejando salir de sus ventanas decrepitanes y locas llamaradas. Cuatro millones de reales en tablas que se quemaron en el depósito del Pacífico forman un regular brasero.

Repartid esa leña entre los pobres de Madrid, y vereis como en el invierno próximo no se muere ninguno de frío.

* *

Decía hace pocos días un periódico, que ahora tiene España cuatro cortes; la corte grande que es Madrid, la corte oficial que está en Betelú, residencia accidental del rey, la corte de las damas que está en la Granja, donde se encuentran la reina y las infantas, y la corte de los pretendientes que está en Mondariz, estación balnearia cuyas salutíferas aguas utiliza el señor Cánovas del Castillo.

El que quiera gozar de un verano tórrido, de una temperatura de cuarenta grados a la sombra, que se venga a Madrid. En cambio, la Granja brinda al veraneante con sus jardines seculares, con sus fuentes de mármol, alarde maravilloso del arte irrigatorio y con el espectáculo de las mujeres de la aristocracia española, hermosas sobre toda ponderación y luciendo sus castizas bellezas con el pergeño británico pastoril de las claras telas de sus vestidos y con el desgaire seductor de la vida bajo los árboles.

Todo haría creer, contemplando aquellas fiestas campestres, aquellos improvisados banquetes a la sombra de los pinares, que habían vuelto los buenos tiempos de la Arcadia, si no fuese que de cuando en cuando suena el taponazo de una botella de Champagne. Pero estas detonaciones no nos dejan lugar a duda; los pastores del idilio sólo bebían agua fresca.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIO DE TIPOS
Colección de cuadros por Gustavo Richter

Ocurrencia feliz ha sido la de reunir en un solo grabado distintos originales del ilustre pintor alemán, cuyo retrato y el de su hijo campean en el centro de esa especie de mesa revuelta. Richter estudia concienzudamente sus mo-

delos y ejecuta con una delicadeza y al mismo tiempo con un vigor que han popularizado rápidamente sus obras. Todas ellas tienen un carácter de verdad poco común, como puede comprobarse por los ejemplares que contiene nuestro grabado. La primera tarjeta representa a un joven napolitano, la segunda a una egipcia, una odalisca la cuarta (la tercera la titula su autor *amor de padre* y contiene, hemos dicho, los retratos del artista y de su hijo), la quinta figura a dos hermanitos acariciándose, la sexta a un niño jinete sobre un león, y la última a una gitana mendiga.

Nuestros lectores recordarán sin duda algunos de esos tipos, porque la especulación los ha generalizado, particularmente por medio de cromos, que difícilmente permiten apreciar el mérito de las obras de arte que no están hechas expresamente para reproducirlas por tan mecánico sistema. A pesar de ello, el mero hecho de su reproducción prueba la importancia que se les da en Alemania, importancia justamente merecida y en el extranjero confirmada.

EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS
de Massachussets (1660)

Eran los cuáqueros una secta que surgió en Inglaterra hacia el año 1644, a impulsos de las predicaciones de Jorge Fox. El principio fundamental de su dogma consistía en que el hombre lleva en sí mismo una revelación interna que Dios le proporciona, morando el espíritu divino en el alma humana, y por su inequívoca voz, y no por los credos y formularios de los hombres, han de interpretarse por los creyentes las Sagradas Escrituras. Con este dogma y cierta austeridad de costumbres, que más que de austeras tenían de extravagantes, pretendían los cuáqueros ganar prosélitos en los nacientes Estados Unidos, ó mejor dicho en la América del Norte, pero sus esperanzas salieron fallidas por de pronto. A pesar de que la legislación del país toleraba toda suerte de cultos, no tardaron en producirse conflictos religiosos y hubo persecuciones en este sentido, y hasta jueces bastante ignorantes para quemar brujas y bastante fanáticos para ahorcar herejes.

El distrito de Massachussets se distinguió durante algún tiempo por su intolerancia y uno de sus actos más notables en este sentido fué el destierro de los cuáqueros, pobres visionarios que querían hacer un mundo especial para su uso privado. Nuestro cuadro representa algunas de las tristes escenas a que da lugar la proscripción, castigo de todos generalmente muy superior al delito de algunos.

GUARDIANES DE GANADO, dibujo a la pluma
por Galofre

En el número anterior de la ILUSTRACION ARTÍSTICA insertamos otro trabajo análogo del mismo artista, exponiendo las consideraciones que su exámen nos sugería. Haciendo extensivas a este dibujo las mismas consideraciones, nos limitamos a llamar sobre él la atención del lector, seguros de que verá una vez más confirmada la justicia de los elogios que del Sr. Galofre hemos hecho.

BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

Baco es uno de los personajes más controvertidos de la mitología. Mientras unos hacen de él un simple borrachin cuya misión *dívina* es presidir los más desenfadados banquetes é inspirar las más descocadas danzas, otros le conceptúan síntesis de la tierra generadora é instrumento causante de sus más valiosos productos. El autor del grupo que nos ocupa, debe participar de esta última opinión, pues representa al alumno de Sileno bajo la forma de un gallardo, vigoroso é inteligente mancebo, cuya fuerza dominadora simbolizan los cuatro temibles felinos uncidos a su carro.

Conduce este vehículo al expresado dios del vino en compañía de la bella Ariadna, joven princesa algo movediza, que abandonó los patrios lares a instancias de Teseo, otro enamorado de mala ley que dió esquinazo a su querida tan pronto como halló manera de sustituirla con ventaja. En situación de reemplazo encontró Baco a Ariadna, cuando la honró con sus galanteos, y la niña, que probablemente no deseaba otra cosa, se dejó querer, olvidando las sábias lecciones de la experiencia.

Su felicidad, empero, había de durar poco tiempo. El señor Baco, no ménos ligero de cascos que el señor Teseo, se permitió otros devaneos, y Ariadna hubiera estado predestinada, por lo visto, a sucesivos abandonos, si un pariente del ingrato, compadecido de tanto amor y tanto chasco, no la hubiese convertido en estrella, sin duda para que no acabara de estrellarse.

LA MUSICA EN EL CONVENTO, cuadro
por E. Grutzner

De la música pudiera decirse que es el idioma de los sentimientos que no tienen forma de expresión por medio de los labios. Nada, en efecto, como la música dispone el ánimo, ya a los más seráficos éxtasis, ya a las más terribles visiones. Se explica, por lo tanto, la importancia que a la música concede la religión y el cariño con que la ejecutan aquellos austeros religiosos, que encuentran en ella un medio de comunicarse con la divinidad en la forma con que nos cuadra concebir que los ángeles alaban al Altísimo.

El cuadro que publicamos, cuyo asunto ha sido reproducido por diversos autores, representa una escena de música en el interior de un convento. Los ejecutantes ponen sus cinco sentidos, como se dice vulgarmente, en la buena interpretación de la *partitura*, y como induda-

blemente sienten lo que desean hacer sentir, es seguro el efecto artístico y hasta el efecto religioso que producirán. Avalora esta composición su distribución bien entendida y el dibujo correcto de las figuras, siendo estimable el tinte apacible que domina en toda ella, que si debilita algo la impresión de momento, en cambio demuestra la confianza que tiene el autor en sus recursos de buena ley.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

PENA AL LADRON, acuarela por A. Fabrés
REGRESO DE FLANDES, acuarela por Pradilla

Raras veces la ILUSTRACION ARTÍSTICA ha publicado un suplemento tan a su gusto como el que acompañamos con el presente número. Y es que raras veces, igualmente, aun con la mejor voluntad y sin escasear gastos, se pueden obtener dos obras de arte tan estimables como las producidas por Fabrés y Pradilla, grabadas por Weber, ya no como graban los maestros, sino como graban únicamente los genios.

Todo el mundo está de acuerdo en reconocer las grandes dificultades vencedoras para conseguir una acuarela de primer orden, y muchos de nuestros lectores recordarán la impresión entusiasta que causó la *Pena al ladrón*, de Fabrés, cuando en la galería París fué expuesta. Con dificultad suma hubiéramos podido emparejar esa obra con otra análoga, si la buena amistad que merecemos a Pradilla, gloria de la pintura española contemporánea, no nos hubiera proporcionado el *Regreso de Flandes*, que no titubeamos en calificar de joya, y aun de joya valiosa, en la cual campean cuantas condiciones califican un trabajo insuperable en su género.

De una y otra composición, siquiera difieran esencialmente en su manera de ser ejecutadas, no hay que ponderar las excelencias. Harto saltan a la vista: el moro de Fabrés, por la expresión de su rostro, por su actitud, por su conjunto y por sus detalles, parece copiado directa y magistralmente en tierra africana; el soldado de Pradilla tiene una marcialidad, una verdad, un concurso de circunstancias tales, que bastarían para formar una reputación, si esas maravillas no fueran comunes en el del ilustre autor de *Juana la Loca*.

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE
Leyenda histórica del siglo XVII

(Continuación)

Aquí hizo D. Francisco Manuel de Guzman una breve pausa, y prosiguió luego con tono más solemne:—Necio es el hombre que presume mejorar la suerte de su país tramando conspiraciones: inútil porfía la del que pretende torcer violentamente el curso de las opiniones de los más, y los inquieta con peligrosas convulsiones, so pretexto de bien público! Y ¡qué horrendo delito el del conspirador! El bandido que roba en los caminos y despoblados, el asesino que esgrime contra el pecho de la víctima inocente el agudo puñal en las sombras de la noche, son sin duda criminales odiosos, porque arrebatan la hacienda y la vida ajena y perturban además el pacífico sosiego con la alarma que el delito consumado produce; pero al fin y a la postre el daño que ellos ocasionan tiene límite conocido. No así el crimen del conspirador contra su patria ó su rey: fraguado en el secreto y en el misterio, con más cobardía que la emboscada del bandolero, y con tanta al menos como la asechanza del asesino, estalla con la espantosa violencia de la mina prendida á deshora por oculta mano. Una vez hecha pedazos la fortaleza de la lealtad, Dios sabe el vuelo que toma la desencadenada furia que en ella estaba comprimida!—¿Sabes tú lo que es el corazón del hombre ambicioso ó vengativo?—continuó D. Francisco Manuel con gran calor y como poseído por completo del asunto que había tocado.—Figúrate un diabólico zurrón donde se van depositando las larvas de todos los seres más dañinos de la creación, el alacran, el escorpion, la araña-diadema, la víbora, el áspid, el cocodrilo, el caiman. Esas larvas se desarrollan juntas y cada uno de los fieros engendros revueltos en ese zurrón saca una malignidad aumentada con el ponzoñoso humor de todos los otros. Pues bien, el corazón del hombre de dañado intento es cien veces más mortífero y abominable que ese inmundo saco: no hay plaga conocida, no hay epidemia, no hay pedrisco, no hay incendio, no hay inundación que pueda comparársele en malignidad. Lo que el hombre atesora en su diabólica mente cuando al espíritu del mal se entrega, ni siquiera se concibe.—Ahora bien, cuando esa mina estalla esparciendo al viento todos los gérmenes del averno, el Estado tiene que defenderse, y se arma en guerra. La sedición se lanza á las calles, conmueven las poblaciones y los burgos, cesan en los campos las útiles faenas y en las ciudades se cierran los talleres; la miseria y el hambre asoman su faz lívida, la desesperación arma los brazos: trábanse doquiera mortales conflictos: corre á torrentes la sangre; al amparo de sus encontradas enseñas, entrégase la soldadesca al pillaje y á la venganza: aquí se mata, acá se viola, allá se instalan entre cadáveres la orgía y la blasfemia... Y el conspirador que entregó su patria á tales horrores, si es vencedor, seguro en el asiento á que le encumbró su ambición, se dispone á no respetar en su país leyes, ni

constituciones, ni costumbres; y si vencido, siempre cuenta con que no le faltarán poderosos valedores cerca del trono, que le salven, cuando ménos, de la ignominia del cadalso. A veces este cálculo sale fallido, pero para diez castigados como el duque de Caminha, D. Pedro de Silva y otros, pueden contarse ciento que quedan impunes. ¡Y qué presas desperdicia el cadalso! Parvas incendiadas, escombros humeantes, poblaciones enteras emigrando: la flor de la juventud perdiéndose en campamentos; los ancianos, las mujeres y los niños mendigando por las encrucijadas; ¿son quizá méritos escasos para lucirse en él? ¡Ah! con cien vidas no redimiría el que conspira las espantosas consecuencias de su delito. Mas no perdamos las esperanzas nosotros los conspiradores,—añadió el marqués con gesto y acento de amarga ironía:—tiempo vendrá, de feliz progreso filosófico, en que toda una escuela de juriconsultos criminalistas sostendrá con aplauso á la faz de la religión vilipendiada, de la razón de Estado conculcada y del comun seso escarnecido, que el delito político no debe ser nunca, aunque subverta el orden social por completo, castigado con la pena capital.

—Y quisiera Dios que esa escuela, extraviada y todo como vuesa merced la anuncia, estuviese ya hoy imperando de lleno en los Consejos y tribunales de España, para que ella sirviese de escudo á la preciosa vida de vuesa merced.

—Eso suena á dislate, hijo mio, y es muy formal lo que te digo para que, llevado sólo de ciega afición á mi persona, lo contradigas. El que como yo se encuentra ya en la alta cumbre de esta penosa montaña que llamamos la vida, y próximo á tomar desde ella el vuelo á la eternidad, ve las cosas como son en sí y sin las mentidas apariencias de la distancia. Tú contemplas desde lejos la sierra, que no es en realidad sino un gigantesco y pavoroso monton de peñascos y precipicios, y te parece un espléndido cortinaje de azul y oro y lama de plata, y de manera análoga se te representa la escabrosa y empinada senda de la vida. Oyeme, pues, con reflexión y docilidad, que aunque veas que contra mí hablo, es la razón imparcial y serena en los momentos supremos en que acaba todo engaño y comienza la verdad, la que por mi labio te instruye.

Después de un momento de silencio, durante el cual dejó caer la frente sobre la palma de la mano izquierda poniendo bajo el codo la otra mano, prosiguió el marqués:

—El mundo acabará por volverse loco. La conciencia popular condena hoy al conspirador, y con razón, por el inmenso daño que ocasiona, que, aun abortando, no dejó de ser consentido por la intención, seno en que se fragua el pecado; pero llegará el día en que le absuelva. Hoy esa misma conciencia popular acaso absuelve al delator porque libra al Estado de un cúmulo de males; pero vendrá día en que se le escarnezca. Pues yo, juez imparcial de mi propia causa, fallando en conciencia ante esta sagrada imagen de la más pura de las vírgenes, angustiada por el más acerbo de los dolores, que nunca se separa de mí para confortarme en mis desfallecimientos, solememente declaro que, como conjurado en la satánica empresa de arrebatar á mi rey Felipe IV la Andalucía para erigirla en reino independiente, merezco cien veces la muerte; y que como delator de la horrible trama urdida contra el nuevo rey de Portugal para asesinar á este, incendiar su palacio y entregar la hermosa corona lusitana á los furios de la guerra civil, no sólo no fui mal español, sino que era digno del aplauso de todos los hombres sensatos y rectos.

Siguió otra breve pausa, luego un profundo suspiro, y continuó diciendo:

—Pero aquí entra el elemento humano, la flaca y miserable carne; porque reconozco que pequé y que soy digno del castigo, y sin embargo... el castigo que espero me hiela de espanto: ¡tan lleno de contradicciones vive el hombre! Mira, Gamarra, si el rey me perdonase...

Y la entonación enérgica, la fuerza nerviosa, la mirada abstraída con que había pronunciado su profesión de fe moral y política respecto de las conjuraciones y delitos de lesa majestad y subversión del Estado, cedieron el campo á una expresión de sentimientos puramente cortésana y vulgar. Verdaderamente es el hombre un saco de contradicciones: él mismo acababa de observar.

—Yo, realmente,—dijo, tomando una postura de abandono muy en consonancia con sus palabras,—en los siete años de prision que llevo cumplidos, he sufrido con exceso la pena de mi delito, y bien podría prometerme un generoso indulto con ocasión del fausto acontecimiento que se prepara á celebrar la corte. ¿Seré yo el único título de Castilla, que, mientras derrama el pueblo lágrimas de júbilo con la esperanza de ver asegurada en la joven princesa austriaca la sucesión de su rey, hoy interrumpida, esté condenado á derramarlas de desesperación y dolor? No: puesto que el arrepentimiento y la corrección me han regenerado y soy otro hombre del que fui, puesto que los proyectos de los perturbadores del público sosiego hoy me aterran, y leo con íntimo contentamiento las noticias de todos los sucesos que pueden contribuir á afianzar los tronos y á darles esplendor, y gozo con las satisfacciones personales que mitigan los graves disgustos que tantas rebeliones, la de Cataluña, la de Portugal, la de Nápoles, han podido causar á mi legítimo soberano; ya que celebro la paz de Munster que concluye las funestas guerras comenzadas por Felipe II, ya que aplaudo la alianza que hoy nace entre Francia y el Imperio, ya que tan de corazón me asocio á la felicidad de mi rey en sus

segundas nupcias, ¿serán todas estas circunstancias, que con ingenuidad y verdad alego, títulos insuficientes para devolverme la gracia perdida?... La obtendré, la obtendré... ¡Pobre cerebro mio, cuánto te agitas!... Ya vendrá el descanso!... Se me abrirán estas puertas de hierro, no volverán á correrse para mí estos cerrojos... Volveré á pisar aquellos pavimentos marmóreos... Gamarra, aparte, aparte: ¡ponme donde vea bien el recibimiento suntuoso del embajador de Alemania!

Cerró los ojos el marqués. Experimentaba el colapso consiguiente á la momentánea exaltación pasada. Su cuerpo, inerte, cubierto de un sudor frío, daba apenas señales de vida: ni se percibía su resuello ni latían sus pulsos. El buen criado, lleno de confusión y perplejidad, no supo hacer más que tenderle del todo en la cama, con gran trabajo por su peso y su lasitud, y echarle encima su bohemio apollillado, esperando el momento de que recobrase el cabal uso de sus sentidos.

IV

Aquel desfallecimiento duró algunos minutos; por fin abrió los ojos el marqués, paseando una incierta y vaga mirada por la estancia: usando de sus propias fuerzas, acomodóse mejor en su cama, ciñó más á su cuello las almohadas; entornó otra vez los párpados gradualmente, como cediendo ahora á un sueño bienhechor, y por último una sonrisa de placidez y un ligero movimiento de sus labios, anunciaron el feliz tránsito de su mente del mundo de la vida real á la fantástica región de los ensueños.—Entonces se verificó en él un extraño fenómeno de somnambulismo, pues mientras su criado, prevenido por la indicación que le había hecho, iba recorriendo en silencio la narración del recibimiento del legado tudesco, que se había preparado á leerle en voz alta, por la imaginación de D. Francisco Manuel iban deslizándose, como sombras vagarosas, todos los personajes que habían intervenido en la solemne ceremonia. Veía sus caras, sus trajes, sus gestos, oía sus diálogos y sus dichos más fugaces, y hasta se figuraba hallarse entre ellos en las suntuosas estancias del renovado Alcázar-Palacio de Madrid, donde pasaba la escena. Era su cerebro una perfecta cámara oscura, pero donde se pintaba lo pasado con ausencia absoluta de lo presente.

PEDRO DE MADRAZO

(Se continuará)

CROMOS DE VIAJE

(D'après nature)

(Continuación)

VIII

Cambio de impresiones

—Pues, como le iba á V. diciendo, la primera detención la hice en Valladolid.

—Buena población, según dicen.

—¡Psch! No es mala, pero no es de mi gusto. Como monumentos tiene á San Pablo, bastante recargado de labores; San Gregorio, con un patio precioso y una buena escalera, que no acaba de agrandar como el artesonado que la cubre; la Antigua, que vale la pena de verse, aunque más por fuera que por dentro; y San Benito, con un pórtico, que parece el ingreso de una ciudad fortificada; de la Catedral no hablo, porque es un armatoste pesadísimo; el Museo encierra cosas notables, especialmente la famosa sillería de Berruete...

—¿Y qué me dice V. del Campo Grande?

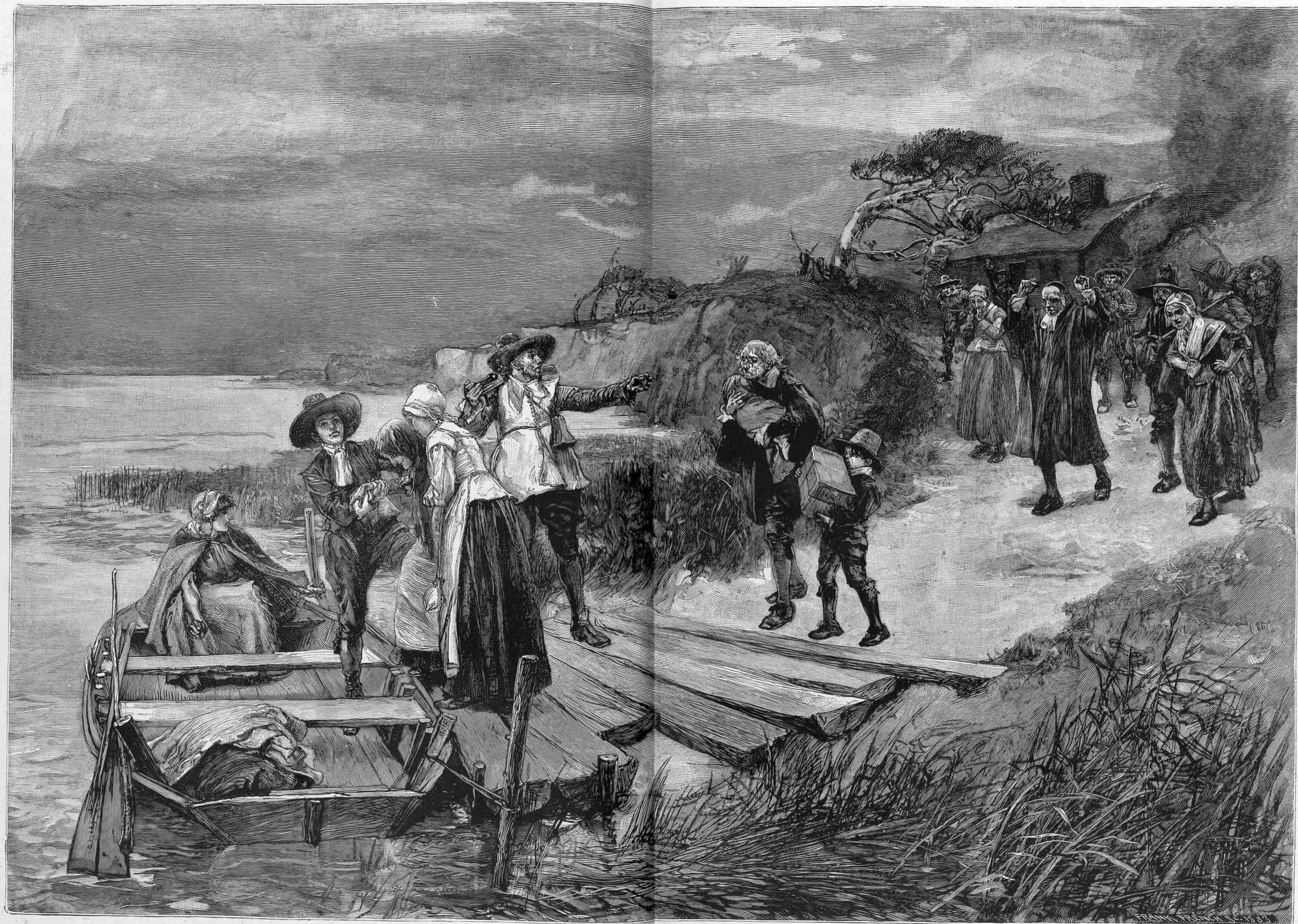
—Soberbio, amigo mio: los vallisoletanos pueden estar orgullosos con su Campo, y sobre todo con la cascada que constituye su principal adorno; bien hacen en citar con respeto el nombre de Iscar, á quien deben las principales reformas de que tanto alardean con razón...

—¿Y Burgos, qué tal le pareció á V.?

—Con decirle á V. que soy apasionado del arte, no necesito más. Aquella Catedral es una joya inapreciable. ¡Qué agujas! ¡Qué cúpula! ¡Qué triforios! ¡Qué sillería de coro! ¡Qué retablos! ¡Qué sepulcros! ¡Qué escalera! ¡Qué fachadas!... Vamos, hay que agotar todo el vocabulario de las alabanzas, y no hay para empezar. ¿Y la Capilla del Condestable? Es una maravilla dentro de otra. Por cierto que el *cicerone* guardian de esa Capilla me hizo gracia cuando, al explicar los blasones del fundador que campean allí por todas partes, se empeñaba en asegurar que la *cruc* que en ellos figura hacia alusión á la peregrinación del Condestable á Jerusalem, y el *sol* á que en aquellos tiempos no se ponía el sol en los dominios españoles; y no vale reirse, porque el *cicerone* se enfada.

—¿Y fué V. también á la Cartuja de Miraflores?

—¿Cómo no? Aquello solo vale la pena de hacer un viaje. ¡Qué efecto tan agradable producen los nervios de la bóveda del presbiterio con sus elegantes colgajos! ¡Qué impresión de asombro el delicadísimo trabajo de Siloe y Cruz en el mausoleo de D. Juan II y Doña Isabel de Portugal, y en el sepulcro del infante D. Alfonso! ¡Cuán bellas, cada cual en su género, las dos sillerías, y qué notabilísima la estatua de San Bruno de Pereira! Le digo á V. que salí encantado de la Cartuja. En cambio en las Huelgas, como no pude ver los famosos claustros porque para ello se necesitan ciertas recomendaciones que no tuve tiempo ni gana de pedir, no encontré ca-



EXPULSION DE LOS CUÁQUEROS DE MASSACHUSSETS (1660)



GUARDIANES DE GANADO, dibujo á la pluma por Galofre

si nada de particular, fuera del pórtico, de sabor románico bizantino. Pero en Burgos tuve todavía ocasion de admirar el suntuosísimo retablo de San Nicolás y de echar un vistazo á la parroquial de San Gil y otras fundaciones y al Arco de Santa María. El Espolon me pareció un paseo muy regular, y tampoco me desagradaron los de la Isla, Vadillo, la Quinta, Pisones y Pastizas.

—¡Vaya! Veo que no ha desaprovechado V. el tiempo. Y yo que habia pasado tantas veces por Burgos sin dignarme hacerle una visita... le prometo una solemne reparacion. Donde no se detendria V. nada seria en Vitoria.

—Sí, señor; tambien me detuve algunas horas, lo bastante para recorrer la Florida, que es un paseo lindísimo; para visitar la Catedral, que tiene un espacioso vestíbulo con tres arcos góticos en el fondo, y para echar un vistazo, de vuelta, á la calle de la Estacion, que es una hermosa calle con muy buenos comercios. Más me gustó Vitoria que Pamplona; en Pamplona pensaba haberme detenido un día, y á las tres horas estaba aburridísimo; nada he encontrado en Pamplona que me llame la atencion como sea la ciudadela, aunque no entiendo de fortificaciones, y el paseo de la Taconera, que es regular. En cambio el camino desde Alsásua es precioso.

—Para camino precioso el de Miranda á Bilbao; allí va uno como encantado; la vía marcha casi siempre bordeando las montañas, subiendo y bajando por ellas, pero sin internarse casi nada: de suerte que ningun paisaje pasa desapercibido; hay sitios en que se ven las poblaciones á vista de pájaro, y hay otros en que se describe materialmente un círculo al rededor de una poblacion, como sucede en el valle de Orduña que se le presenta á V. sucesivamente por sus cuatro costados. El trayecto de Vitoria á San Sebastian es precioso, pero no tiene comparacion con el de Miranda á Bilbao.

—¿Usted ha estado en Bilbao?

—Sí, señor; vengo de allí ahora. Miéntas mi familia quedaba en Biarritz, yo he tenido la humorada de embarcarme en Bayona para Bilbao, viaje que no aconsejo á nadie por lo molesto, caro y peligroso que es, y despues he estado allí unos días recorriendo los pueblecillos de la ría.

—¿Y qué? ¿Vale la pena de verse todo eso? Porque yo tengo el proyecto de visitarlo.

—Le diré á V. Bilbao es, como Bayona, una ciudad puramente comercial; allí no busque V. monumentos, ni calles, ni nada notable, hoy por hoy, como no sea el movimiento del puerto que es extraordinario; cuando la zona del ensanche, ó Albia, esté terminada, ya será otra cosa. Hoy, quitando la iglesia de Santiago, bastante regular y de gusto gótico, y el Campo del Volantin, que es el mejor paseo de Bilbao, se acabó todo lo que hay que ver. Pero en cambio puede V. tomar los tranvías de Algorta y Santurce y recorrer en ellos ambas orillas de la ría, y aquello es deliciosísimo; un café tomado en la terraza del *Gran café* de

Portugalete, al extremo de un *quai* incomparable, bordado de palacios, con las Arenas, cuajadas de *chalets*, *villas* y *hotels* en frente, y la ría en medio, surcada por multitud de vapores que entran ó salen, no es pagado con dinero. Luégo tiene V. las minas, que por sí solas valen la pena de hacer un viaje; nunca olvidaré yo la visita que hice á las de Ortuella ni el reconocimiento que debo á D. Juan Villar por haberme facilitado su inspeccion.

—¡Vaya! Creo que decididamente me animaré á hacer esa excursion á mi vuelta de San Sebastian y de Francia.

—¿Ha estado V. más veces en San Sebastian?

—No, señor; es la primera vez que voy allí.

—¡Ah! Aquello sí que le gustará á V. ¡Es divino! Es un trocito de París, de los mejores, trasportado á orillas del Cantábrico y recostado en la falda del monte Urgull; allí se respira, allí se vive. No hay iglesias monumentales, ni edificios artísticos, pero no se echan de menos. ¿Qué Catedral va á competir en majestad con el Océano? ¿Qué monumento más primoroso que la incomparable Concha ó el empinado Urgull? ¡Hurra por San Sebastian! Pensando en él salgo de mis casillas. Allí está todo maravillosamente estudiado, y combinado con las seducciones de la naturaleza, para atraer al viajero. No se cansa uno de estar en la calle. ¡Qué limpieza por todas partes! San Sebastian es una taza de plata. Y luégo... ¡qué animacion, qué vida en esta temporada! En la Concha hay días de bañarse cinco mil personas; y en la Zurriola, y en el Boulevard, principalmente por la noche, se pasan ratos deliciosos, disfrutando de una temperatura de primavera á los acordes de una música militar, y entre las oleadas de un mar de hermosuras iluminadas por la luz eléctrica. ¡Oh! Cuando el Casino, que ahora se alza de cimientos y que ha de ser una maravilla, se halle terminado; cuando las obras de la Zurriola se concluyan, ¿qué ciudad podrá disputar á San Sebastian el arrogante, pero merecido título que ya hoy ostenta con justicia, de perla del Océano? Lo que le aconsejo tambien á V. de todas veras es que procure asistir á la puesta del sol en el precioso islote de Santa Clara; es un espectáculo magnífico, del que no siempre puede disfrutarse desgraciadamente por las nubes y las brumas del crepúsculo.

—¿Qué ganas tengo ya de verme en San Sebastian! Me lo han ponderado todos tanto, que se me representa en la imaginacion como una ciudad de las Mil y una noches. ¡San Sebastian y Biarritz! Son los dos puntos que voy á visitar con más ilusion.

—No junte V., por Dios, á San Sebastian con Biarritz; no hay comparacion posible, bajo ningun punto de vista. Yo no sé porqué Biarritz tiene tanta fama, no sé porqué ha de ser el punto de cita, el *rendez-vous* obligado de la *high-life* y de la gente *comm'il faut*. Hay que acudir á los misterios del *baccarrá* y á los caprichos de la moda para explicarlo. ¿Qué hay en Biarritz?

—¿Y la *villa* Eugenia? y el Casino?

—¡Ah, sí! La *villa* Eugenia y el Casino... hé ahí dos nombres que parecen capaces de tapar la boca al más descontentadizo. Pues bien, amigo mio, yo no lo soy... y sin embargo, ¡qué diablo! sin negarle su mérito, entiendo que, como se dice vulgarmente, Biarritz no sirve ni para descalzar á San Sebastian; esta opinion he tenido el gusto de verla aceptada por dos bordeleses francos y despreocupados. Lo del juego se comprende desde luégo; pero ese atractivo lo mismo que lo tiene Biarritz, lo puede tener Matapozuelos. Yo le hablo á V. con franqueza; si no estuviera allí mi familia, ¿sabe V. lo que hacia yo en Biarritz? Pues irme al promontorio de la gruta de la Virgen, estarme allí dos horas contemplando el espléndido panorama de la costa, desde la desembocadura del Adour hasta España, y despues... echar un vistazo en otras tres ó cuatro horas al resto de la poblacion, incluso los cacareados Casino y Palais-Biarritz, y largarme con la música á otra parte. ¿No piensa V. visitar alguna otra poblacion francesa?

—Sí señor, quisiera detenerme en San Juan de Luz, Bayona, Pau y Lourdes.

—Me parece muy bien; todo eso lo conozco perfectamente. De San Juan de Luz puedo decirle que para que su recuerdo fuese más grato, no deberia uno detenerse nada en él, sino contemplarle sólo al paso del tren; y no es porque luégo desagrada, pues no deja de tener sus atractivos, sino porque al divisarle desde el tren como surgiendo de las olas, la imaginacion le presta mil encantos, complaciéndose en juzgarle como una Venecia del Cantábrico, y luégo tropieza en una realidad muy distante de lo que soñó, perdiendo todas las ilusiones.

—Vamos: es como la aparicion fugaz de una mujer hermosa envuelta en una gasa trasparente; su recuerdo vive en el alma rodeado de encantos y deseos, miéntas que acaso se desvaneciera con la posesion.

—Exactamente. Por lo que toca á Bayona, con decir que es una ciudad comercial está dicho todo: allí verá V. mucha tienda, mucho gancho y mucha zalamería; la Catedral, sin embargo, merece una visita detenida, y desde la Ciudadela se descubren hermosas vistas. El sitio más pintoresco de Bayona es, no obstante, el puente Mayou: el puerto cuajado de velas y vapores, la confluencia del Nive y del Adour con el reducto que la defiende, la calle del Pont-Mayou con el *carrefour* de los Cinco Cantones, la *Petite-Bayonne*, la plaza Grammont con el edificio de la sub-prefectura y el teatro, las *allées marines* perdiéndose en el horizonte al otro lado de la plaza de Armas y de la puerta marina; todo esto, formando un magnífico conjunto, se divisa panorámicamente desde el puente Mayou; es lo mejor, y estoy por decir, hablando en *touriste*, que es lo único bueno de Bayona.

—Severo me parece V. en sus juicios.

—¡Oh, no! Justo, y nada más; y hasta un poco indulgente. *Suum cuique* es mi divisa.



PENA AL LADRON, copia de una acuarela de A. Fabrès, grabada por M. Weber



REGRESO DE FLANDES, copia de una acuarela de Pradilla, grabada por M. Weber



BACO Y ARIADNA, grupo por Juan Schilling

—¿Y de Pau, qué me cuenta V.?
 —¡Oh! Aquello es otra cosa. La vista que de la cordillera pirenaica se disfruta desde la Plaza Real, los hoteles de Francia y Gassion, ó el *château* de Enrique IV es de lo más bello que puede imaginarse. El *château* merece una visita; como arquitectura, en el estilo del Renacimiento, no vale gran cosa, pero encierra excelentes tapices de los Gobelinos y flamencos, buenos artesonados, ricas sillerías, una escalera magnífica con bóvedas arcosonadas cuya decoración varía á cada tramo, y varias curiosidades entre las que merecen especial mención la famosa coraza de tortuga que sirvió de cuna al Bearnés y varios lechos ricamente esculpidos. Las iglesias valen poco. La *Basse-plante* es un paseo delicioso. Pero lo mejor de Pau es indudablemente la terraza de la Plaza Real, enlazada por un puente con la *Basse-plante*, por la situación admirable que ocupa; siguiendo esta terraza del uno al otro extremo tiene V. los dos grandes hoteles de Francia y Gassion, este último verdaderamente monumental; la Plaza Real, cerrada por hermosas construcciones á uno y otro lado, con el teatro, de mármol blanco, en el fondo, y la estatua de Enrique IV en el centro; y en fin, tocando con el hotel Gassion, el histórico *château* del popular monarca, dominado por su característico torreón cuadrangular; enfrente, hácia el horizonte, desarrollan los Pirineos sus imponentes masas empujadas por la distancia, y entre ellos y la terraza, se descubren primorosos paisajes, el río con sus puentes, las *villas* y los *chalets* con sus parques y arbolados, la vía con sus trenes, los pueblecitos del contorno con sus casas agrupadas, todo destacándose sobre un fondo verde de variados matices. Le digo á V. que aquello es precioso.

—Pues me alegro de todas veras de contar á Pau en mi itinerario. ¿Y Lourdes? ¿Qué le parece á V.?
 —¡Oh! Prescindiendo de su mérito bajo el punto de vista religioso, le diré que la vista general de la población y su campiña es admirable. La basílica, de gusto pseudogótico, está literalmente cuajada de estandartes y ex-votos, y posee una capilla subterránea de estilo románico de muy buen efecto. La gruta no ofrece gran cosa de particular; pero lo que le gustará á V. es el agua que de ella brota, clara, fresca y riquísima, la mejor que en mi vida he bebido; y lo que le asombrará verdaderamente es el número prodigioso de tiendas que hallará V. por todas partes consagradas exclusivamente á la venta de rosarios, estampas, medallas y otros objetos piadosos; puede decirse que Lourdes no vive de otra cosa; calles enteras se dedican á ese comercio.
 —Parece mentira.
 —Pues nada hay más exacto. Pero creo que entramos en la estación de Tolosa; con permiso de V. voy á saludar á un amigo que me estará esperando.
 —Es V. muy dueño.
 —¡Adios, pues, y buen viaje!
 —¡Adios, y servidor de V.!

Salamanca

FERNANDO ARAUJO

(Concluirá)

SANTIAGO DE PEÑALVA

El Vierzo ó Bierzo—como por razón de su etimología debiera más bien escribirse—es la pequeña comarca, de unas cien leguas cuadradas, que forma el primero de los valles del Sil y circuyen las sierras de Ancares, Omaña y

Cebrero, tramos de la Cordillera Cantábrica, al N. y al O.; las montañas de Leon, con la sierra de Jistredo, al E.; y la Cabrera y los montes de Aguiar, al S. Húmeda, fresca, pero sin descender por lo comun bajo cero; perpetuamente verde, ni por su situación, ni por su clima, ni por la raza, ni por las costumbres, ni por ninguna condición real, en suma, pertenece á la seca tierra castellana, de la cual se halla mejor defendida que de Galicia. Por esto, si no conviene volver á la organización que por breve tiempo tuvo esta bella comarca hácia el primer tercio del siglo, en que constituyó una provincia aparte (uniéndole sin razón suficiente otros territorios limítrofes); y si en el carácter y usos de los bercianos se halla todavía cierto dejo leonés, parece indiscutible que en ellos, y más todavía en la topografía de la región, predomina de tal suerte la afinidad con Galicia, que debe conceptuarse error el decreto administrativo, por cuya virtud se halla incorporada á la provincia de Leon, constituyendo extraño maridaje con el grave, seco, y un tanto bravío habitante de la no menos grave, seca y bravía tierra de Campos.

Dejando á un lado los mil atractivos que esta encantadora región ofrece al viajero, por sus admirables paisajes, las comodidades de su clima y relativa suavidad de sus moradores, así como las muchas cosas de interés que brinda á los curiosos, me limitaré aquí á describir sucintamente uno de los más importantes monumentos arqueológicos que encierra.

En este respecto, es verdad que la provincia de Leon tiene un valor extremado. El influjo arábigo-cordobés sobre elementos latinos y bizantinos tiene aquí ejemplares tales como San Miguel de Escalada y Peñalva; el románico, ora en sus albores, ora en su gradual evolución hácia

el arte ojival, en San Isidoro, Caracedo, Sahagun, San Pedro de las Dueñas, Sandoval, Gradefes; el esplendor del gótico francés en la maravillosa Catedral leonesa y en Villafranca, San Marcos, Astorga y otros centros, notables ejemplares del gótico florido, del Renacimiento y del plateresco.

En el primer grupo, he nombrado a la abadía de Peñalva, interesantísimo monumento del Vierzo, como que corresponde a un arte cuyos vestigios apenas comienzan hoy a estudiarse, siendo todavía desconocidos muchos de ellos: testigo, la iglesia de Lebeña, una de nuestras más grandes joyas arqueológicas, bien puede llamarse verdadera revelación de estos últimos años (1).

Santiago de Peñalva fué edificado por el obispo Salomon hacia la mitad del siglo X y con el piadoso intento de conservar allí los restos de San Genadio y San Urbano, que una centuria antes habian hecho vida penitente no lejos de aquel sitio—en la cueva llamada del Silencio.— Ante todo la situacion del templo es admirable. Bien se llegue a él desde Bouzas, bien desde San Cristóbal, bien desde San Estéban, el paisaje es de primer orden, dentro del género propio de la region berciana: valles risueños y estrechísimos, montañas de rápida pendiente, copioso arbolado, y una abundancia de cascadas y arroyos sin igual en otras comarcas semejantes de Asturias, Santander y Galicia y que mantiene en la vegetacion indescriptible frescura.

En cuanto al templo, constituye con los ya citados de Lebeña, San Miguel de Escalada y quizá (2) San Juan de Baños, una de esas importantísimas construcciones en que los recuerdos clásicos se combinan con el influjo de la arquitectura árabe del califato, llevado por los monjes de Córdoba. En el siglo XI, sin embargo, ha sido objeto de una restauracion; pero la obra románica no parece haber alterado la estructura fundamental del edificio, ni los principales elementos que le dan su característica fisonomía. Otras construcciones posteriores y sin importancia adosadas a sus muros, incluyendo en ellas la torre, desfiguraron su exterior, en cambio; mas por su propia insignificancia tampoco han podido causarle gran daño.

En el exterior, llaman desde luego la atencion la combinacion de sus cuatro cuerpos de diversa altura, semejantes a las demás iglesias de este tiempo; los espléndidos canes, casi idénticos a algunos de San Miguel de Escalada y más todavía a los de Lebeña; y unas pequeñas gárgolas, que, a ser, como parecen, del siglo X, presentan un interés difícil de desconocer, pues no suelen encontrarse en este tiempo. La distinta altura de los dos cuerpos que terminan el templo y envuelven los dos ábsides del E. y el O., depende de la reforma que este último ha sufrido, al levantar su cubierta sobre una carpintería, mientras que el lado oriental conserva el simple trasdós de la bóveda.

(1) Situada a la orilla del Deva y casi en el magnífico camino de Unquera a Potes (Santander), la importancia de este templo ha pasado inadvertida mucho tiempo a nuestros arqueólogos; en el verano de 1880, el profesor de la *Institucion libre de Enseñanza*, que pasó por este sitio, dirigiendo una excursion de alumnos de este centro, visitó el templo y quedó sorprendido de su importancia, llamando sobre ella la atencion de sus compañeros, uno de los cuales, el Sr. Torres Campos, ha ido expresamente este verano a estudiarlo y se prepara a dar a conocer el resultado de sus investigaciones.

(2) En el caso de que—según opinan algunos—la actual iglesia no sea la de Recesvinto, sino en gran parte una reedificacion del X.



LA MÚSICA EN EL CONVENTO, cuadro por E. Grutzner

La planta (3) es sumamente importante. La constituyen un rectángulo, orientado en la direccion E.-O. y cada uno de cuyos lados menores tiene inscrito un ábside, que no se acusa por tanto al exterior, y un crucero hacia el extremo E., como de costumbre, cuyos brazos son algo mayores que el espacio que entre aquellos ábsides queda libre. Los cobertizos modernos que rodean el edificio por sus lados mayores ocultan dichos brazos, por tener casi el mismo vuelo que ellos.

La planta de los dos ábsides es de herradura; su situacion, uno al E. y otro al O. como ya se ha dicho, muy extraña; sus dimensiones, idénticas; y están cubiertos por bóvedas agallonadas con aristas, en lo cual, como en la forma de la planta, recuerdan los ábsides de San Miguel de Escalada. El del E. es sin duda el principal, por más que hoy en ambos haya altares. Lo muestran así, no sólo su orientacion, sino la circunstancia de tener delante y en el crucero la especie de cúpula de que hablaré más tarde. El ábside de Poniente contiene los sencillos sepulcros de San Genadio y San Urbano, el primero de los cuales está cubierto con una losa longitudinalmente dividida en dos vertientes por una arista poco pronunciada.

Por último, los arcos de triunfo ó de ingreso a los ábsides son tambien de herradura y se apoyan sobre dos columnas exentas, coronadas por capiteles latinos con abacos dobles ó aun triples, que recuerdan los bizantinos, v. g. de Ravena. Igual forma y soportes tienen los arcos todos de este templo, variando sus dimensiones tan sólo.

Los brazos del crucero, como en Santa Cristina de Lena (aunque esta es de planta de cruz griega), en Valdedios, en Priesca, en Santullano, etc., están formados por dos cámaras (convertidas hoy en sacristías), cubiertas por bóvedas de cañon recto, cuyos ejes son normales al de la nave, a fin de contrarrestar sus empujes; cada una de ellas comunica con esta sólo por una pequeña puerta adintelada con su correspondiente arco de descarga, estructura tambien usual en los templos asturianos citados.

La nave tiene, próximamente 11^m por 5; y se halla di-

(3) Publicada con suma inexactitud por el P. Flores en la *España Sagrada*.

vidida en dos tramos por dos pilares (correlativos a otros tantos contrafuertes en el exterior), con dos columnas exentas adosadas, sobre las cuales se alza un arco de herradura, que soporta a su vez un muro, corrido hasta la bóveda y perforado a su vez, como es frecuente en estos casos, por otro arquillo de herradura tambien.

De los dos tramos de la nave, el occidental está cubierto por una bóveda de cañon recto, contrarrestada por dos contrafuertes en el muro de cada lado. En el lienzo del S. se abre la puerta principal, formada por una doble arcada de herradura, cobijada dentro de otro arco de igual forma inscrito en un arrabá (como lo está tambien el del ábside del E.). En el exterior, se halla la pila que parece de una especie de cemento; y por dentro en este mismo muro, una inscripcion de la segunda consagracion de la iglesia en 1105; recientemente se ha destruido esta entrada para colgar sobre ella una tribuna. Verdad es que cuando se considera en qué manos suelen hallarse estos monumentos, admira que quede algo de ellos en pie todavía.

En el muro del N., hubo una puerta, hoy tapiada, rectangular, con su arco de descarga y una inscripcion de 1132, relativa al abad Estéban. Por fuera, hay adosado a este mismo muro un sepulcro, que podria ser del XI.

El segundo tramo de la nave es cuadrado é impertantísimo. Sube a gran altura y forma una especie de cúpula, cuya bóveda, agallonada como la de los ábsides, pasa de su planta a la cuadrada de la parte inferior, en que descansa, no por medio de pechinas, sino de ángulos, disimulando luego la arista cóncava que resulta, con una suave transicion de sentimiento y una especie de archivolta. Sólo esta cúpula bastaria a dar a Peñalva uno de los primeros lugares en la historia de nuestra arquitectura, para la cual constituye un dato precioso.

Por último, las ventanas son pequeñas y rectangulares: sin embargo, en el dintel superior de alguna se advierte la forma de herradura; tambien debe citarse la losa perforada, hoy ciega, que se ve en el muro exterior del ábside de Poniente.

No concluiré, sin indicar que en esta iglesia quedaban todavía en el último verano una preciosa é intacta cruz procesional de plata grabada, del XV y estilo flamenco, de las más hermosas que he visto (a cuyo varal por cierto, sirve de peana—como es muy frecuente—un capitel latino) y una naveta de cobre esmaltado, tal vez de principios del XIII, ya maltratada. ¿Estarán allí todavía? La comision provincial de monumentos ya está advertida.

Como puede colegirse de estos ligerísimos apuntes, la abadía de Peñalva interesa de un modo fundamental para la historia de nuestra arquitectura, tan desconocida en realidad a pesar de la maravillosa constancia con que a propósito de ella se vienen repitiendo vulgaridades y lugares comunes que excusan de más severos estudios. Especialmente, para la trasformacion de la arquitectura clásica en la románica, Peñalva constituye un dato tan importante, cuanto que en ella elementos latinos (v. g. los capiteles), bizantinos, como el crucero y la cúpula, árabes, como las herraduras y las bóvedas agallonadas, se enlazan y dan lugar a un conjunto, que cada dia adquiere más valor. Los canes y las gárgolas son tambien interesantísimos.

FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP DE MONTANER Y SIMON.